

Vivió el hombre durante miles, cientos de miles, miles de miles de años construyendo, creando, fantaseando, corrigiendo y volviendo a aprender. Vivió, naciendo y muriendo en una simbiosis cultural, mientras se sucedían diferentes saberes o desarrollaba cada uno distintas formas de expresar el arte y los sentimientos, la realidad.

Imaginó, también, y fue despertando el lado derecho del cerebro; aún había una gran parte por domeñar, por interpretar la realidad, por asumirla y aceptarla, transformarla, a veces, también.

Entró en sí mismo, profundizó en el conocimiento de lo aprendido, desarrolló su emotividad, sus ganas de saber, su psicología y la relación de ésta con lo exterior. Fue acumulando experiencias.

Y comprendió la multiplicación de las células de ser una ¿y toda? hasta engrandecerse, reproducirse y crear los phylum, u organismos multicelulares, el impacto humano en el ecosistema, su creación y la consiguiente extinción, con su génesis, de otras especies. ¿Hasta dónde influimos en el ecosistema? ¿Qué grado de protagonismo adquirir en lo que actualmente pervive?

Un hacha de sílex y el cuchillo donde despellejaban a los animales que traían los cazadores de la selva reposan, al fin, sobre un atril. La capacidad de encender el fuego y la de matar, juntas, como una vida y muerte que giran en torno a la misma persona, en torno a la comunidad.

Un rey muere. Es sucedido por su hijo. Nace una nueva cultura en algún pequeño centímetro cuadrado del atlas. Comienza el I Ching, una dinastía de Egipto sucede a otra cualquiera, fallece el rey David. Una cultura coloniza y fagocita a la anterior, que, varios siglos antes, era quien dominaba el mundo conocido. Una guerra sucede a otra guerra y que a su vez comenzó con una sublevación. Las imágenes se suceden sin piedad ante mis ojos ¡todo va tan deprisa!

Ptolomeo es capaz de describir las estrellas a simple vista, cuando algunos no llegan ni a intuirlos. Su prisión no les permite alzar la mirada más allá, y descubrir qué existe en un más allá, geográfico o temporal. A la vez, se inventa el papel, en una parte del mundo. En la otra, la vitela; continúan sacrificando becerros, para mojar su piel, encalarla y curtirla hasta bien entrados diez siglos después.

Es la Edad Antigua.

La cultura Yayoi japonesa y su cultivo encharcado del arroz, o ese tratamiento de la cerámica y sus herramientas de hierro alterna en un coqueteo singular con Amílcar Barca y Publio Cornelio Escipión. Más luchas y más ansias de poder.

Comenzamos a preocuparnos por lo que acontece más allá de la tierra. Desde los desiertos del Asia central, la cultura china se erige en la primera capaz de registrar las manchas solares, organismos vivos que aparecen, crecen, cambian y desaparecen en su vida solar, breve cuando menos; a su vez, los movimientos de los cuerpos celestes son recogidos en el primer mecanismo de engranajes: Anticitera representa más que un nombre, es una obsesión alcanzada, la del más allá, la de la búsqueda incansable del saber.

Jesús de Nazaret.

Revueltas en el Senado del Pueblo de Roma. 28 emperadores (¿por qué no 29?) personifican el poder divino. En el Coliseo siguen matando a los condenados a muerte bien con la “túnica molesta”, bien con esa desigual lucha entre ser humano y bestia. Leones, tigres, elefantes, hienas... no hay animal que se resista al hombre, en el caso improbable de que gane, siempre habrá otro hombre para rematarlo, para proseguir con el combate injusto, por más que solamente haya una red y un tridente, frente a unos colmillos y unas garras.

A su vez, los tres reinos chinos concluyen en uno solo, es la dinastía Jin quien lo logra. Otro ying y yang, éste fonético.

Poco después, tras la unión del mundo oriental, el occidental se despedaza en varios fragmentos. Fenómenos naturales amenazan a la humanidad: la peste negra, las lluvias torrenciales, la treintena de años de sequía que las seguirían después... La civilización andina se refleja en la cultura Wari y en sus construcciones urbanísticas: acueductos, templos semisubterráneos, galerías y plazas.

Nacen las mil y una noches.

Las innovaciones y los descubrimientos. La Edad Moderna mata a la media y se instaaura implacable en su trono temporal. Con ella viene el renacimiento de las ideas, su influencia en la ciencia y el arte, la filosofía y la historia. La invención de la imprenta, en Europa, y la fundación del Imperio Inca, en América. Y, a su vez, guerras, tratados,

batallas, guerras, guerras. Conspiraciones, rebeliones, asedios. Y entre guerra y guerra, el avistamiento de dos grandes islas, la Isla Norte y la Isla Sur, con impresionantes paisajes y riqueza biocultural. Nueva Zelanda, un compendio de las más diversas especies naturales y fauna exótica.

Y de aquellos exploradores europeos del siglo XVI, que no podían dormir en los atardeceres de esa isla por los cantos de millones de aves, al silencio, tres siglos después. Al exterminio de especies autóctonas, o a la desaparición natural: depredación, competencia ecológica, epizootias.

Luces, siglo luminoso. La revolución industrial convive con la gravitación universal, al mismo tiempo que el ser humano se aventura a realizar expediciones naturalistas por los rincones más recónditos del orbe, en un paso más por alcanzar el poder natural del mundo y por continuar clasificándolo todo, ahora, las especies naturales.

Quizá no podamos comprender la vida sin catalogarla.

He tocado trajes de época, cuyas telas crujen y se rasgan con el paso de los años. He visto la guillotina donde rodó la cabeza de M<sup>a</sup> Antonieta y tantas cabezas más y, como en una décima de tiempo, imagino esos polvorientos días de julio en La Bastilla, el hedor a sudor y a sangre tapado por cubos y cubos de arena. Los gritos, los mechones, las medallas rodando, sin un alma para recogerlas.

Vacunas, guerra, guerra, guerra. Muchos más nombres propios que en la Edad Media; quizá esté muy lejos el más allá, quizá entonces lo estará también el reconocimiento. El anonimato no lleva al poder, aunque, en tu recinto, entre cuatro paredes seas conocido.

Naturalistas, biólogos, ingenieros, químicos, matemáticos, filósofos y algún que otro literato. Pocas mujeres.

Se pueden, asimismo, apreciar las revueltas tumultuosas de la revolución americana, la lucha del blanco y el negro, el ying y el yang en las antípodas asiáticas, la raza, ¿la Raza? O tantas que podían entenderse al igual que habían hecho en España cuatro siglos antes.

¿O no se puede convivir?

¿Hutus y tutsis son un ejemplo más de la sinrazón? ¿Del odio exacerbado por unos intereses políticos...? ¿Hasta dónde, en definitiva, puede llegar la Humanidad, la Cultura?

Fenómenos migratorios, hacinamientos y condiciones de vida ínfimas en aquellos que querrían mejorarla se corresponden fielmente con un estudio febril de la medicina en pro de resolver problemas como las enfermedades infecciosas o un incipiente sistema de salud pública. Asepsia, higiene, anestesia. Es la época de la pulcritud, de la protección frente a microorganismos, del *más vale prevenir que curar*.

La conquista del espacio, los electrodomésticos, el trasplante de órganos, el alcantarillado. El siglo XX arde en progresos, con el objetivo de que progrese la humanidad. Del mismo modo como avanzó la medicina y la ciencia, el concepto de igualdad y de prevalencia del desarrollo humano, avanzaron también unas guerras devastadoras, un genocidio absurdo, la destrucción cultural de los pueblos, y con ella,

de su desarrollo. Fueran los barí, los esquimales, los chinos, los vietnamitas, los pipiles..., la destrucción de los pueblos conlleva su minoración personal y grupal, el aniquilamiento del espíritu que ha conformado un grupo. La globalización del planeta arrastra la igualdad de pensamiento, por más que en desarrollo siempre haya un primer, segundo, tercer y lo más seguro es que ya asome un posible cuarto mundo, cuarta categoría, ningún derecho.

Los conflictos del siglo XX, guerras, hambrunas o epidemias conviven con sus logros, vacunas, Guernica, el paso del tiempo.

Los problemas medioambientales no suelen salir enmarcados en páginas de papel couché; la deforestación, la contaminación, los agujeros en la capa de ozono, el calentamiento global no tienen cabida en fotografías que detienen el instante, con papel cebolla en medio para protegerlas.

¿Quién nos protege de nosotros mismos?

La Edad Antigua, la Edad Media, la Edad Moderna y la Edad Contemporánea, junto con la Protohistoria y siglos que no se enmarcan en ninguna edad, han unido sus fuerzas en un espacio. Un espacio reservado para la humanidad, para comprobar dentro de un límite espacio-temporal qué hemos sido.

¿Qué historias acumula este espacio y qué Historia quiere contar? ¿Unilateral, exclusivamente radicada en el concepto que la vio nacer?

El tiempo no es del pasado, ni de los ojos con los que ahora lo interrogamos. Personajes, momentos y objetos van más allá de su época. Quizá por eso el espacio relevante dentro de este museo del mundo es para una pequeña urna, a la salida de todas las guerras, de todos los granhombres, de todos esos años que nos aplastan, sí, con su compendio de cosas.

Esa pequeña urna iluminada sólo guarda un objeto. Una gota de agua descansa como el futuro, cuestionable, de nuestra humanidad.

¿Sabremos conservarla?

Líneas de fuga paralelas y equidistantes llevarán al visitante a crear sus propios significados y a construir su propia interpretación, más allá de esa urna y, quizá, de la pequeña gota de agua que atesora.